



**CONGRESO INTERNACIONAL
CONTESTED_CITIES**

EJE 5

Artículo nº 5-503

**EI DERECHO A LA CIUDAD COMO DERECHO A
MIRAR
VISUALIDAD, MATERIALIDAD Y PROTESTA EN EL
ESPACIO PÚBLICO**

SERGIO MARTÍNEZ LUNA

EL DERECHO A LA CIUDAD COMO DERECHO A MIRAR¹

Visualidad, materialidad y protesta en el espacio público

Sergio Martínez Luna

Universidad Carlos III de Madrid

sermarti@hum.uc3m.es

ABSTRACT

El texto propone abordar la creación y la gestión de los espacios urbanos desde las políticas contemporáneas de la visualidad, ligadas a ciertas economías del control, la mirada, y la atención. La contestación a la empobrecedora experiencia contemporánea de la ciudad se conjuga como la reclamación del derecho a mirar allí donde se dice que no hay nada que ver (Mirzoeff). Se analizan algunas formas de reapropiación de los nuevos media para la recuperación democrática del espacio urbano y de la ciudadanía. Frente a las tendencias que asocian los procesos actuales de desmaterialización con una suerte de antimaterialismo se propone entender las formas de protesta y activismo urbano desde las articulaciones entre visualidad, presencia y materialidad, como formas de producción de espacio público crítico y no normativo.

PALABRAS CLAVE: Visualidad, Nuevos media, Espacio urbano, Materialidad, Protesta.

¹ Este trabajo ha sido financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (España) en el marco del Proyecto de Investigación FFI2013-45659-R: Culturas Materiales, Culturas Epistémicas, Estándares, Procesos Cognitivos y Conocimiento

1. VISUALIDAD, ATENCIÓN Y MOVILIDAD EN EL ESPACIO URBANO

Según ha señalado Nicholas Mirzoeff (2011) el imperativo que repite la visualidad hegemónica contemporánea es “moveos, aquí no hay nada que ver”. Esta máxima autoritaria modela el espacio y las prácticas urbanas. Si en su análisis de la metrópoli moderna George Simmel encontraba en el surgimiento de experiencias de proximidad inéditas hasta entonces posibilidades de nuevas modalidades de comunidad, hoy la mirada se desplaza de los otros hacia las pantallas que pueblan el espacio público. Alrededor de ellas se generan pequeñas comunidades transitorias y efímeras (Martín Prada, 2012: 93-94). La ubicuidad actual de las pantallas es un instrumento de unificación, en los términos de Debord, es decir, como el lenguaje oficial de la separación generalizada. Las pantallas funcionan como imperativos de sujeción que reducen la riqueza heterogénea de la vida urbana en términos de contemplación dispersa para comunidades despolitizadas capaces de gestionar la ciudadanía reduciéndola a la contemplación mediática. Las pantallas son ubicuas en la cultura visual urbana – desde las fachadas a los teléfonos móviles, pasando por todo tipo de artefactos de reproducción de audio y video- de modo que la arquitectura y los espacios de la ciudad están poblados por artefactos y tecnologías visuales. Ello conforma y materializa en el escenario de la ciudad dos características clave de la cultura contemporánea, la visualidad y la movilidad (Verhoeff, 2012:13). A través de la conjugación entre estas dos formas se determinan modos de experiencia del tiempo y el espacio urbanos levantados sobre economías específicas de la atención y la representación.

El concepto de interacción encuentra hoy su materialización técnica en interfaces dentro de las que convergen la imagen y la pantalla, de modo que la visión se articula activamente en base a la apelación a su disponibilidad para atender a una multiplicidad de demandas y estímulos simultáneos. Si la experiencia de la esfera pública y de los espacios urbanos está hoy puntuada por la abundancia de dispositivos tecnológicos de conexión, interacción y vigilancia, estos a su vez están cada vez más conformados como dispositivos de producción visual. Es decir, pantallas que encarnan lo que posiblemente sea el mandato más característico de nuestra época, a saber, que no está permitido dejar de ver, y que lo que constituye y perpetúa los precarios modos contemporáneos de socialización y subjetivización es la continuidad del flujo mediático, no tanto el contenido de las imágenes sino la circulación sostenida e interminable de imágenes. Esta insistencia en la fluidez, la movilidad y la disponibilidad constante de la visión trastoca los órdenes y separaciones entre lo público, lo privado y lo íntimo. Y en efecto, en base a estas economías de la atención y la representación lo público se privatiza y lo íntimo queda publicitado.

No obstante, entender que la crítica y la resistencia a estas derivas están ligadas a algún tipo de rechazo en bloque de la visualidad significa recaer en un esencialismo de la imagen o de la visión, a las que apresuradamente se puede acabar tildando como inevitablemente reificadoras e invasivas. Se necesita pensar en cambio el derecho a mirar como el punto de partida para reconstruir políticas de la visión comprometidas con la posibilidad de una mirada relacional, igualitaria y recíproca. Es posible un intercambio de miradas que vaya más allá de sí mismo (para mirar juntos hacia los lugares y los otros invisibilizados) y más allá de la creación de plusvalía. Recuerda Jacques Rancière (2009) que el esfuerzo por rearticular la crítica y el desacuerdo no implica impulsar modelos representacionales sobre el horizonte de recuperación de la identidad, sino de poner en crisis todo proyecto dirigido a la restauración de las identidades y las semejanzas para intensificar el desacuerdo, trastocar el reparto de nombres, espacios, tiempos y categorías. En este sentido, si existe

algo así como una contra-visualidad, ella consistiría en exhibir el funcionamiento y la eficacia de sus representaciones. La cuestión es si ello implica encontrar un afuera de la representación o más bien, como señala Carlos Vidal (2001: 63-64), un aprendizaje de las formas de habitar la representación, para desde su interior ensayar la emancipación del dominio al que ella nos obliga. Los activismos urbanos son parte de las luchas por la apropiación de las representaciones y los imaginarios, para ocuparlos y ponerlos al servicio de la emancipación, es decir, arrebatarlos a la lógica del rendimiento económico que en la manipulación de aquellos iguala y empobrece los espacios y los tiempos.

El encuentro con los otros, que tiene en la ciudad uno de sus contextos centrales, debe conjugarse como una ocasión de auto-cuestionamiento para repensar la alteridad y el disenso, lo común y lo participativo. Más que de reconocimiento cabría hablar de desconocimientos o reconocimientos siempre fallidos. Cuando la gestión de los imaginarios, la promiscuidad de las imágenes y la fuerza constitutiva de los signos articulan la subjetivación y socialización, se abre la cuestión de la implicación de las prácticas visuales en esos procesos de formación del yo y los márgenes de autonomía para la desobediencia o la modificación de los significados. Pero ¿cómo puede aliarse una política de la mirada conjugada en ese sentido crítico y una experiencia alternativa de la ciudad, del espacio urbano? Es necesario no dejar de explorar los puntos de conexión y alianza entre la invención de nuevas políticas de la mirada y la reconfiguración del espacio urbano recuperado como espacio y esfera públicos.

Las prácticas del ver son una parte central de los procesos de construcción de la vida psíquica y social. Nuestra inmersión en un cierto tipo de visualidad, nuestros encuentros con las imágenes y con los dispositivos técnicos que las generan y las ponen en circulación, modelan la subjetividad y la socialización. Hoy es posible reconocer con bastante exactitud el cumplimiento de aquel destino que, de acuerdo con Foucault, aguardaba al panóptico, a saber, su expansión –en cuanto que función generalizada y como democratización y diseminación del dispositivo disciplinario–, por el conjunto del cuerpo social. Como señala Reg Whitaker (1999: 172), el panóptico toma, a través de la mediación de las nuevas tecnologías, un carácter disperso, descentralizado y consensual, de forma que aquel se disemina como mirada omniabarcante, señalada como la única posible, e identificada como la única realidad habitable por el sujeto (Cruz Sánchez, 2008: 22). En paralelo a los intensos procesos de privatización del espacio público se enuncian a la vez poderosos mandatos dirigidos a la publicitación de la vida íntima, propia y ajena. En el cruce entre ambas tendencias surgen no-lugares, espacios y tiempos estandarizados, vaciados y transitorios, articulados en torno a la producción de equivalencia, transparencia y retraimiento, bajo los imperativos del consumo, la vigilancia, la separación y la despolitización de unas y otras esferas. Al sujeto se le escamotea así la posibilidad de mirar de otra forma, de mirar allí donde no se puede mirar, de comprometerse y dejarse tocar por otras miradas e imágenes, de ir más allá de una visualidad dominante que no solo lo aboca al repliegue sobre sí mismo, sino que lo convierte en la sede misma de la reproducción por todas partes de la mirada invasiva e indiferente propia de las disciplinas visuales hegemónicas.

2. NUEVOS MEDIA, NUEVAS MEDIACIONES

En los últimos años han abundado las iniciativas dirigidas a la intervención urbana en ese sentido. Si es a través la mediación de las nuevas tecnologías como se despliegan y materializan los imperativos de gestión del espacio público bajo la lógica de la separación, la espectacularización y la vigilancia, una de las estrategias clave para oponerse a tales derivas es la apropiación crítica de esas mediaciones con el fin de elaborar otros modelos de experiencia y convivencia urbana. Muchas veces se trata de explorar la ambivalencia y la tensión que ubica a esas nuevas mediaciones y dispositivos electrónicos como ejes tanto para la construcción de ciudadanías participativas y la exploración de formas de interacción y de reapropiación de la ciudad, como, por otro lado, instrumentos para el control y la estetización del espacio urbano. Por ejemplo, el fenómeno de las pantallas urbanas que en los últimos años parecen haber invadido todo tipo de superficies arquitectónicas puede tomarse como un paso hacia la reconfiguración de la arquitectura como un elemento no estático, sino activo e interactuante con el entorno. A través de las pantallas-fachada, o *media façades*, parece posible la materialización técnica de diálogos inéditos entre el edificio, su superficie exterior y el espacio urbano en el que se ubica y al que se asoma. Las posibilidades de la visualización digital de datos, imágenes, textos, mensajes, sobre la superficie de los edificios no solo cambian su superficie y apariencia, así como las propias soluciones y poéticas constructivas, sino que abren todo un abanico de nuevas experiencias de participación y apropiación de la complejidad del contexto urbano. Ahora bien, sabemos también que la mayor parte de las veces el propósito de dotar a los edificios de pantallas interactivas acaba en la deontecación de tales posibilidades porque en su instalación se da por resuelta la dialéctica entre edificio, la pantalla-fachada y contexto urbano en base a la lógicas del consumo y la estetización. Así la relación entre edificio, apariencia exterior y espacio urbano queda escindida y desproblematizada. La pantalla-fachada es aquí un módulo independiente e intercambiable que se conforma como sede para la creación de beneficio a través de la explotación comercial tanto del espacio como del tiempo de emisión. La superficie queda enajenada de la estructura del edificio sobre el que se inserta el dispositivo, del mismo modo que el contexto urbano al que la pantalla se dirige queda reducido a un escenario de competencia por atraer la atención de una ciudadanía expuesta al discurso mediático. Frente a esas derivas existen iniciativas para la exploración crítica de las pantallas y las fachadas como formatos para la comunicación y las mediaciones urbanas (Pop, Stalder, 2012; Hausler *et al.*, 2013) que muestran otras formas de producción de ciudad y espacio público en alianza con los nuevos media.

Por otro lado la apropiación crítica de estas mediaciones tecnológicas va más allá del fenómeno de las pantallas urbanas. La búsqueda de potencialidades antagonistas se encuentra también en la manipulación de los dispositivos de geolocalización y de posicionamiento, las redes inalámbricas o los *locative media*, operaciones que contestan la retórica, a menudo irreflexiva, que une los desarrollos de la ciudad inteligente a procesos intensos de especulación, gentrificación y despolitización (San Cornelio, 2008).

No obstante, a partir de este punto querría centrarme en una situación urbana concreta, la de las protestas ciudadanas urbanas. Las formas en que éstas han sido organizadas, articuladas y desplegadas en el espacio de la ciudad no son ajenas desde luego a esas mediaciones tecnológicas y a las variedades de sus apropiaciones, pero no pueden reducirse a ellas. Se trata más bien de entender cómo en estas protestas y ocupaciones del espacio público friccionan los lugares físicos, las dimensiones materiales de la ciudad y el encuentro

de los cuerpos, con las redes digitales y las interactividades virtuales. Si los modos de hacer ligados a los dispositivos digitales se proyectan a menudo sobre el horizonte utópico de convergencia entre el espacio real y el dominio digital, el rostro distópico de tal pretensión aparece cuando esas dinámicas son secuestradas por nuevas formas de gobernabilidad biopolítica articuladas en torno a las lógicas postdisciplinarias de la represión y el control total. La protesta ciudadana tiene que ver en primer lugar con la reivindicación del estar y del permanecer fuera, en el espacio público. Si hoy parece que ese estar fuera es sinónimo de exclusión, desalojo y desposesión, es porque el espacio público ha sido abandonado y con él las funciones y posibilidades democráticas asociadas a sus usos no reglados, su disfrute, su elaboración como escenario del encuentro y del desacuerdo. Es decir, la experiencia de estar fuera en lo público desaparece cuando desaparece el espacio público, y cuando, como señala Rebecca Solnit (2015), el espacio público desaparece también desaparece el cuerpo. Hoy el espacio público es perfilado a través de la insistencia en que en él no hay nada que ver.

La oposición a este dictamen, que se configura como una forma de violencia visual, puede tomarse como uno de los objetivos de las ocupaciones urbanas que han proliferado en los últimos años, desde el 15-M a Occupy Wall Street, pasando por las revueltas en Egipto o Túnez, hasta las más recientes manifestaciones de París. Por supuesto estos y otros acontecimientos presentan diferencias profundas, se han generado en contextos socioeconómicos, políticos y culturales distintos y han tenido consecuencias muy diferentes. Pero todos ellos comparten el hecho de exponer la tensión entre la presencia física en la ciudad de la gente y sus demandas, y la organización colectiva de las tácticas de ocupación, apropiación de lo público, y de las formas de estar juntos en la ciudad, a través de las nuevas tecnologías digitales. Si la visualidad contemporánea se articula con los imperativos del desalojo, el control y el allanamiento de los espacios públicos urbanos, la ocupación de estos espacios puede entenderse también como la construcción de modelos de contra-visualidad generados en red, en tiempo real, y asomados a la recuperación de los espacios físicos como escenarios de disenso. Una visualidad en red, una *networked visuality*, a través de la que se redistribuyen las capacidades, las miradas, las prácticas y los usos reglados de lo público. Nicholas Mirzoeff recoge el procedimiento de elaboración de estas redes a partir de un tweet que circuló masivamente en los acontecimientos de Egipto en 2011: “Facebook usado para fijar la fecha, Twitter usado para organizar la logística, YouTube para mostrar al mundo, y todos ellos para conectar a la gente” (Mirzoeff, 2011).

Este es, podríamos decir, un activismo postmediático que se resiste a ser gestionado bajo las lógicas verticalizadas de los medios de comunicación de masas que ejercen la falsa separación entre informadores, creadores de contenido y consumidores. Pero los nuevos media por sí mismos no significan la revolución. Los anhelos ligados a la producción electrónica de comunidades online, como oportunidad para relanzar aquella comunidad de productores de medios soñada por Brecht, son constantemente parasitados por las grandes corporaciones de la comunicación para reproducir aquella lógica binaria, esta vez aplicada a las redes sociales, a las tecnologías afectivas y a los procesos de subjetivización y socialización.

El reto aquí es, o ha sido, para esas comunidades online la elaboración de acontecimientos, zonas de autonomía desde las que componer otros relatos y otras narrativas proyectados sobre el horizonte de la politización de la esfera pública. Pero ¿cómo son las relaciones de tales propósitos con la reapropiación del espacio público urbano, de una experiencia más

democrática de la ciudad? Con ello nos preguntamos acerca de las relaciones entre esos activismos en red y las modalidades de construcción de la ciudad y la ciudadanía asociadas a las demandas que aquellos enuncian y reclaman. Los activismos urbanos son estrategias de contra-visualidad que pugnan por dar visibilidad a espacios desde los que los minorizados, los subalternos puedan hablar y elaborar su experiencia. Se trata de contestar, por tanto, al imperativo del “nada que ver” desde el empoderamiento y la autonomía, para desafiar el reparto impuesto que dicta lo que es visible y lo que no, y quién puede y no puede mirar, ensayando así formas de estar juntos en el afuera de la ciudad, un afuera que no sea sinónimo del abandono y la indiferencia.

3. PRESENCIA Y MATERIALIDAD DE LA PROTESTA EN EL ESPACIO PÚBLICO

Para explorar esas relaciones hay que entender que contra la consideración de la cultura contemporánea como tendente a la desmaterialización -vehículo de la superación de las obligaciones del cuerpo y la materialidad- es necesario pensar las relaciones complejas entre visualidad y materialidad. En las manifestaciones de protesta ciudadana se observa la tensión entre lo digital y lo corporal. Si bien estas protestas son, como ya se ha mostrado, convocadas a través de medios digitales acaban en encuentros de cuerpos, voces, gestos y movimientos que reclaman un espacio material como parte del espacio público, en el que se genera una rica cultura material. ¿Cuál es entonces la materialidad de la protesta? ¿Cuál es la materialidad de las formas de organización ciudadana, de las dinámicas sociales y comunitarias, cuál es la dimensión material del desacuerdo, de la protesta, y sus relaciones con el espacio urbano? David Thompson (2012) ha observado que el análisis de las protestas alrededor del movimiento Ocupa Rio, explicó los objetivos de este movimiento en términos políticos e ideológicos, dejando sin atender sus conexiones y alianzas con el entorno material donde se enunciaban y elaboraban. Y sin embargo, la puesta en marcha de una idea de ocupación entra inevitablemente en tensión con el énfasis en una presencia física, permanente, que crea un espacio para la elaboración y legitimación de modelos existenciales, políticos y sociales alternativos, procesos ligados a la producción de nuevas formas de articulación con el entorno material concreto, y de una compleja cultura material propia que va desde la cartelería, los posters y las pintadas a la distribución de los espacios habitacionales y el reciclaje de materiales de todo tipo. La multitud anónima que se arracima en las redes sociales de la web relanza en efecto las posibilidades de la participación igualitaria en la comunicación y la esfera y el espacio públicos, se reelaboran las formas de la comunidad y del estar juntos, pero si estos desafíos se abordan únicamente en términos ideológicos se pierde la problemática dimensión material de las nuevas modalidades de conectividad electrónica en red. Si se entiende la inmaterialidad simplemente como superación de esa dimensión material se dejan en un segundo plano los procesos a través de los que la inmaterialidad se compone a partir de la materialidad como su condición de posibilidad. Como recuerda Fernando Broncano (2012: 70) la misma experiencia de lo inmaterial es una experiencia mediada por la materialidad de los artefactos. La ocupación del espacio y la plaza públicos pone el énfasis en la presencia, en las dimensiones físicas, corporales y presenciales de la masa multitudinaria, y en la creación de emplazamientos para configurar modos políticos y sociales alternativos de ciudadanía y de estar juntos en la ciudad.

A menudo el concepto de posthumanidad o posthumanismo reduce la crítica al humanismo como simple antimaterialismo. Sobre la tecnología se proyectan esperanzas utópicas ligadas a un perfeccionamiento inacabable de lo humano, que pasa por la superación de los pesados condicionantes del cuerpo. En contra de esta aproximación Anna Munster (2006) propone atender, como características de la cultura y la política contemporáneas, a las convergencias y divergencias, a los pliegues heterogéneos entre lo físico y lo tecnológico del mundo digital. Es precisamente en las zonas de límites fluidos entre la mirada humana y la mirada de los artefactos tecnológicos donde se recompone y se redefine la cultura contemporánea y las formas de acción y disenso políticos. En las manifestaciones de desacuerdo y protesta ciudadanas se observa esta tensión entre lo digital y lo corporal porque el espacio urbano es un espacio en disputa, objeto de luchas materiales. Sucede que el espacio urbano no es público por sí mismo, no está simplemente dado como tal, y esa lucha es entonces en primer lugar una por transformar un espacio en espacio público (Butler, 2011). Las manifestaciones, acampadas, ocupaciones, asambleas, dependen de la existencia a priori de una calle, una plaza - lugares a menudo cargados simbólicamente, recorridos por la memoria y la historia- y las acciones que allí se producen remodelan, animan y se alían con esos espacios, arquitecturas, pavimentos, mobiliario urbano: se trata de una reconfiguración de la materialidad del espacio público que (re)produce, el carácter público de una variedad de entornos materiales. Estas transformaciones se conjugan puntualmente entre aparatos expertos, artefactos, cuerpos, edificios, signos y cosas no humanas como revisión de las formas de la teoría y la práctica política.

El espacio público en disputa genera distintos regímenes de publicidad y de presencia en él. El concepto de presencia no ha de ser asociado a alguna noción de transparencia o plenitud hermenéutica. En ese ámbito es más productivo acudir a la elaboración de este concepto en los términos que propone Saskia Sassen (2003). Ella entiende la presencia como la posibilidad de que las clases desfavorecidas, precarizadas y silenciadas, se conviertan en sujeto político a través de la exposición pública de su propia condición de desposesión. Las redes digitales pueden ser usadas por el activismo político para rebarajar los repartos entre lo global y lo local y ensayar nuevos modelos de comunicación, alianza y participación. Son redes alternativas, aunque entramadas con ellas, a las dinámicas de la globalización orientadas hacia la formación de nuevos mercados y de sistemas de vigilancia. Internet permitió que propuestas e iniciativas locales de todo tipo se re-escalaran en términos globales, sin, a la vez, perder el anclaje en la especificidad de los desafíos locales. Ello posibilita modelos de activismo político transfronterizo a través de una multiplicidad de localidades conectadas digitalmente. Espacios y roles despolitizados —el hogar, lo doméstico, la habitación, la escuela, el barrio, la plaza, la comunidad vecinal- se reconfiguran como sedes de lo político. Su escenario propio es el de la ciudad, en la cual se despliegan una infinidad de acciones y luchas contra la falta de vivienda, la violencia policial, la institucionalización de la precariedad, y en favor de los derechos de los sin techo y los inmigrantes, o de las demandas de las minorías. En los espacios urbanos emergen formas de participación que no necesitan la legitimación de los sistemas políticos formales. El juego entre lo local y lo global, dinamizado y reconfigurado por el cruce entre redes digitales globales y contextos locales, posibilita que los excluidos ganen presencia frente al poder y a los otros. Los sujetos desposeídos de poder se convierten en sujetos políticos a pesar (pero también a través de) de su exclusión de la esfera y el espacio públicos. Las

víctimas de diversas violencias económicas y simbólicas exponen con su presencia las cuestiones de la legitimidad, el reconocimiento y el acceso a los derechos.

Las consideraciones de Butler sobre el espacio público como espacio en disputa que debe ser producido atienden al sentido político del espacio público. Dialogando con Hannah Arendt, Butler (2011) reflexiona sobre la tensión entre la necesidad que tiene la acción política de la existencia previa de un espacio de aparición y la creación de un espacio propio que aparece dentro de aquellos espacios preexistentes. El espacio se encuentra entre la gente: toda acción tiene lugar en una localización pero ésta establece a la vez un espacio nuevo que pertenece a las propias alianzas, generando su propia localización puntual y variable. Así que lo que se perfila aquí es una política del disentimiento que se mide entre las materialidades localizadas del espacio público y los desarrollos de los nuevos media, bajo el signo de la reapropiación y el desacuerdo. Conjugar los flujos de datos, los recursos para la conectividad electrónica, con los escenarios urbanos materiales remodela la ciudad porque ésta se transforma en un escenario de posibilidades desde el que nos interrogamos acerca de dónde y cómo estamos ubicados en tanto sujetos individuales y colectivos, y qué podemos conocer, hacer, ver, desde allí. En este sentido, la lucha por la producción de espacio público es también la práctica del desacuerdo con ese reparto de lo sensible (Rancière, 2009) que distribuye lugares, visibilidades, funciones e identidades. Álvaro Sevilla-Buitrago (2014:208) ha hecho la interesante observación de que, aunque las dimensiones espaciales del 15-M ha sido habitualmente desatendida, las prácticas materiales, espaciales y urbanas- las formas de ocupación, las acciones en red, los modelos habitacionales- del movimiento prefiguran y materializan, a falta de un programa político formal, las formas de organización social y política a las que se aspiraba. Ello significa que en este y en otros movimientos recientes ha de ser reconocida, y no en último lugar, una demanda por una experiencia espacial del espacio urbano –tanto en el plano de usos funcionales como en el de los simbólicos- capaz de contestar los mandatos que enmarcan, jerarquizan y gestionan los imaginarios, las prácticas materiales y los espacios de relación social y política en el afuera de lo público.

Quiero pensar esta experiencia de la ciudad en términos de intensidad. La ciudad debe convertir toda relación en intensiva. Debe ser el escenario del encuentro desjerarquizado de todo con todo- de los cuerpos, de los objetos, de los materiales, de las miradas- , porque esa es la promesa que como ciudad le es más propia. En las ocupaciones, las acampadas, las asambleas, hemos aprendido, dice Mirzoeff (2014), a ver, a vernos los unos a los otros, y a verlos a ellos, a la policía, el estado, el régimen. El derecho a mirar es el derecho a la ciudad. En ese proceso dejamos de ser nosotros mismos porque podemos mirar a los otros y ser mirados, y hacemos el aprendizaje de dejar de vernos como nos quieren ver ellos. Es el momento de volverse otra cosa, de estar en el afuera de lo común, de volver a mirar allí donde se nos repite que no hay nada que ver, es decir, de hacer ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- Broncano, F. (2014). *La estrategia del simbioante*. Salamanca: Delirio.
- Butler, J. (2011). “Bodies in Alliance and the Politics of the Street”, *eipcp*, <http://www.eipcp.net/transversal/1011/butler/en>
- Cruz Sánchez, P.A. (2008). *Ob-scenas. La redefinición política de la imagen*. Murcia: Nausicaä.

- Haeusler, M.H., Tomitsch, M., Tscherteu, G. (eds.) (2013). *New Media Facades. A global survey*. Stuttgart: Avedition.
- Martín Prada, J.L. (2012). *Otro tiempo para el arte. Cuestiones y comentarios sobre el arte actual*. Valencia: Sendemá.
- Mirzoeff, N. (2011). "The Right to Look", *Critical Inquiry*, Vol. 37, 3, pp. 473-496.
- Mirzoeff, N. (2011b) "Networked Visuality: The Revolution in North Africa", *For the Right to Look*, <http://nicholasmirzoeff.com/RTL/?p=32>
- Mirzoeff, N. (2014). "Countervisuality, Visuality: Reckless Seeing", *After Occupy*, <http://www.nicholasmirzoeff.com/2014/reckless-seeing/>
- Munster, A. (2006). *Materializing New Media: Embodiment in Information Aesthetics*. Hannover NH: Dartmouth College Press.
- Pop, S., Stalder, U. (eds.) (2012). *Urban Media Cultures*. Stuttgart: Avedition.
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: LOM.
- San Cornelio, G. (coord.) (2008). "Locative media y práctica artística: exploraciones sobre el terreno", *Artnodes*, 8, <http://www.uoc.edu/artnodes/8/dt/esp/locative-media.pdf>
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sevilla-Buitrago, Á. (2014). "Espacio público y protesta ciudadana: reflexiones sobre la espacialidad del 15-M", en *Madrid. Materia de debate*. Madrid: Club de Debates Urbanos, pp. 108-218.
- Solnit, R. (2015). *Wanderlust. Una historia del caminar*. Madrid: Capitán Swing.
- Thompson, D. (2012). "Ocupa Rio and the Material Culture of Protest", *Material World*, <http://www.materialworldblog.com/2012/02/ocupa-rio-and-the-material-culture-of-protest/>
- Verhoeff, (2012). *Mobile Screens. The Visual Regime of Navigation*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Vidal, C. (2001). "Crítica de las representaciones. Para una definición del concepto de representación", en de Llano, P. y Gutiérrez, X. L. (eds.) *En tiempo real. El arte mientras tiene lugar*. A Coruña: Fundación Luis Seoane, pp. 63-78.
- Whitaker, R. (1999). *El fin de la privacidad, cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.